

Marco Negrón

([marconebron@msn.com](mailto:marconebron@msn.com))

## **Del vicio a la virtud**

La táctica gubernamental de dismantelar las alcaldías y gobernaciones perdidas es, a la vez, cobarde y miserable. Cobarde en las precipitadas trasferencias de instituciones locales o regionales al gobierno nacional porque, evidentemente, se orientan a ocultar las trapacerías en que seguramente incurrieron sus anteriores administradores; miserable porque, en el intento de sabotear la futura gestión de los gobiernos de la alternativa democrática, a quien finalmente se perjudica es a ese pueblo que en su desbordada retórica dicen defender, probablemente calculando que al fin este terminará reaccionando contra las nuevas autoridades. En la medida en que esas acciones vacían de funciones a las instituciones afectadas es evidente que se plantea la necesidad de luchar por revertirlas, pero ese no debe ser el centro de la actividad de las nuevas autoridades: si se trabaja con visión de largo plazo, lo que hoy vemos como un vicio podría terminar siendo una virtud.

En el caso de Bogotá, una de las experiencias de transformación urbana más espectaculares de los últimos años y más cercanas a la nuestra, suelen destacarse las gestiones de Antanas Mockus y Enrique Peñalosa entre 1995 y 2000, pero tiende a olvidarse la de Jaime Castro entre 1992 y 1994. Ese inmerecido olvido se debe a que su labor se centró en adelantar la reforma institucional y fiscal de la Alcaldía Mayor de Bogotá, tarea inevitablemente silenciosa e invisible pero que fue la que hizo posible los espectaculares éxitos de sus sucesores: sin Castro no existirían Mockus ni Peñalosa.

Hay que decir además que el despojo al que el gobierno nacional está sometiendo a gobernaciones y alcaldías puede terminar convirtiéndose en una ventaja para estas: si bien en algunos casos podría afectar fuentes de recursos para esos gobiernos o plataformas para su proyección hacia la población, con seguridad que en otros se tratará de aparatos burocráticos ineficientes y corrompidos, por lo que no está mal que se los lleven. Por último, no siempre los gobiernos regionales y locales exitosos han basado sus resultados en grandes obras; la misma experiencia paradigmática de Barcelona sentó sus bases a partir de multitud de pequeñas intervenciones locales. El secreto está en la creatividad y la capacidad de involucrar a la población.